

# Diario no íntimo de una biblioteca

Lourdes Jaime\*

*Este texto debe todo a muchas  
carcajadas cómplices con mis amigos de la biblioteca.  
Por eso es para ellos.*

Suele suceder que en el competitivo mundo del mercado de trabajo a veces escogemos la actividad a la que nos dedicamos; a veces las circunstancias nos obligan a enfrentarla sin mayor entusiasmo, y otras, nos encontramos con ella en el más pleno sentido y descubrimos felices una vocación que nunca hubiésemos imaginado. Esto último tiene mucho que ver con la pasión por los libros, que en ocasiones se despierta en quienes trabajan en una biblioteca. Un día llegué a la biblioteca del ITESO para estar unos meses, mientras el tiempo definía otros proyectos en suspenso, y casi cinco años después todavía no me he ido.

Trabajar con libros se convierte en una droga de la que resulta difícil desengancharse. Un mucho por el placer de sentirlos físicamente, deleitarse a veces con la maravilla de una portada que alucina, asombrarse a ratos de la lucidez de los hombres, sentirse igual estupefacto por la estupidez de otros y dolerse siempre de la escasez de tiempo para adentrarse en serio en tantas páginas. Pero también, porque contra el lugar común que piensa a las bibliotecas como centros de trabajo aburridos, uno se divierte mucho en ellas; sobre todo cuando se comparte con otros no sólo el espacio sino también el sentido del humor. La carcajada en clave con el compañero vuelto amigo se repite con frecuencia más que cotidiana. Y es que libros, usuarios, sistemas de clasificación, el propio trabajo o el de otros, todo puede ser leído desde el humor.

En el principio de las bibliotecas eran los lectores... y siempre, entre los cientos de ellos que desfilan cada semana por la biblioteca del ITESO, hay algunos capaces de hacerse notar; deben su efímera fama a la ingenuidad, el nivel académico, la imaginación y a tantas razones más. Ni son todos,

ni tampoco son la mayoría, así que nadie derive de aquí generalizaciones injustas. Son simplemente los usuarios que, al margen del asombro inicial que provocan sus demandas, nos rescatan de la rutina que todo trabajo encierra.

Así, una mañana cualquiera, se asombra la bibliotecaria con una niña de cara bonita, y no ciertamente por su belleza, sino por sus expectativas en el sentido de que la hemeroteca tuviese en su acervo a la "profunda y feminista" *Cosmopolitan*. Tanto que ver con una de aquellas amigas que alguna otra vez se preguntaban en la librería qué revista comprar para la clase de "Costos", si ya en "Problemas de la Realidad Nacional" habían leído el *Hola* y el *Vanidades*. Seguramente lecturas de cabecera que alimentan los sueños y las pláticas de tantas y tantos universitarios. Y quizá el problema fundamental no esté en que las lean; como dice alguien, hasta para los intelectuales es riquísimo entrar al baño de una casa y encontrarse un *Hola* o estar tumbado en la playa enterándose del vestido nuevo de Carolina de Mónaco o del texto íntegro de la última conversación de Carlos y Camila. Lo grave es que sean esas las lecturas únicas que fijan las visiones del mundo de tantos niños y niñas de 20 años; lo preocupante es que sea esa la bibliografía, asumida o no, que sustenta en ocasiones los trabajos curriculares. Pero mira que esperar, además, que la universidad la financie.

Uno no sabe qué preferir. Si alumnos que busquen *Cosmopolitan* para hacer la tarea sobre el mundo laboral de la mujer, o estudiantes que pretendan de una biblioteca universitaria un resumen de *Siddhartha*, para reducir el esfuerzo a la transcripción del texto y a la elaboración de una portada con el nombre al frente, y no precisamente el de Hesse.

\* Asesora académica de la Biblioteca "Dr. Jorge Villalobos Padilla" del ITESO.

"To be or not to be. That's the question". ¿Qué será mejor, leer *Cosmopolitan* o transcribir resúmenes de Hesse?. Habrá que documentar nuestro pesimismo con un estudio comparativo sobre el aprendizaje de estos dos tipos de alumnado.

Otros, en cambio, muy lejos de las superficialidades, se ponen serios y dejándose llevar por las pasiones de las ideas muestran su descontento por una política de adquisiciones que ha llevado a los estantes las obras del existencialista Albert Camus. Cómo es posible tal cosa, dicen, si es un autor pesimista que puede inducir a los alumnos al suicidio. Como si Camus fuera lectura de multitudes y el suicidio cuestión de consejos. Seguramente *La peste* tiene muchos años en la biblioteca y hasta ahora el ITESO no ha visto a nadie lanzándose sin paracaídas desde las alturas, ni apuntándose con una pistola que no sea de agua. Y eso que además de Camus, Sartre y demás, la biblioteca luce en algún sitio *Suicidio: Historia, técnica, actualidad*, a manera de manual para suicidarse sin sangre y sin dolor. Si fuese verdad una relación necesaria y consecuente entre la lectura y la acción, resultaría muy fácil enmendar el mundo; bastaría con la lectura multitudinaria sobre la bondad y la justicia social. Desafortunadamente la cuestión es algo más complicada, o afortunadamente para los lectores de *El extranjero*.

En el polo opuesto, unos en lugar de pensar en suicidios, se entusiasman con temas más alegres y en la euforia mutilan más de un libro para llevarse un desnudo de papel. Difícil es saber si hacen de él una fuente de inspiración estética o si lo convierten en detonante de sueños eróticos, como aquellas páginas relativas a las posiciones para hacer el amor, arrancadas a conocido texto sobre sexualidad humana. ¿Será el amor cuestión de recetario o será la biblioteca *culpable* de la audacia de algunos?

A veces pareciera que los usuarios hacen de la biblioteca la panacea para todas sus preguntas. Y no siempre porque crean que la vida también pasa por los libros, sino porque algunos son fervientes practicantes de la ley del mínimo esfuerzo. Si no, cómo entender a la estudiante aquella que buscaba un texto que le dijese cómo detectar cuando alguien "le está echando mala vibra". Parece grave no tener, a los 20 años, la intuición mínima para darse cuenta de ello; a no ser que se crea en fotos cruzadas por alfileres y trabajos afines, lo que no sería tan extraño.

Después de todo, por indicaciones de algún profesor llegan alumnos ansiosos de saber sobre "superación personal" (así de concreto lo expresan) y de beber en la infalible fuente de Og Mandino y

su *Vendedor más grande del mundo*. A lo mejor ésa es la lectura que ilumina a quien pretendía de los bancos de datos de SECOBI un formulario sobre cómo exportar agua de Tlacote, para que nuestros vecinos distantes no tengan que hacer colas en un polvoriento camino y, sobre todo, para hacerse rico a la sombra de un TLC que todo lo permite.

En el peor de los casos la inventiva del usuario ni siquiera alcanza para cumplir con las reglas que le dan derecho al servicio. Cuando las bibliotecas y el mundo sabían poco de computadoras, las credenciales se hacían artesanalmente, en maquina de escribir y con resistol de por medio para fijar la imagen del elegido. A ese pasado inmediato pertenece la *angustia* de un estudiante por no poder traer la foto infantil señalada, ya que nunca le habían retratado cuando niño. Ante semejante obstáculo, lo único que se puede decir es, "lástima compañero".

En honor a la verdad, reafirmamos que no todos los usuarios son así, ni tampoco son siempre los *culpables*. Más allá de ellos, la biblioteca del ITESO *sufre*, como muchas otras, la herencia de sistemas de encabezamientos temáticos no siempre pensados, por la biblioteconomía nacional, desde la pluralidad y el respeto, y es que el "Listado de encabezamientos temáticos" de Gloria Escamilla, biblia en ese sentido de las bibliotecas del país, cojea de más de un pie. Entonces, las madres solteras aparecen con una referencia a muchachas delincuentes o algo similar, cual si hubiese una vinculación lógica y necesaria entre las unas y las otras. O bien, de un plumazo desaparecen de la historia latinoamericana la Sierra Maestra y sus protagonistas, mientras que el Che Guevara es descrito sin más y únicamente como poeta, aunque seguramente nunca formará parte de ninguna antología de la literatura y, en cambio, será un referente eterno para quienes eran jóvenes en los sesenta. Tampoco entiende uno por qué la familia Cortés y pocas más tienen una entrada temática particular, cual si se tratase de una aristocracia particular, puesto que no aparecen las muchas restantes familias del planeta. Desafortunadamente abundan detalles de este tipo y entradas como "Niños de Dios" o "Never (Palabra)".

Así, de regreso, y para hacer justicia, los usuarios tienen que pelearse a veces con risibles encabezamientos de materia, mal diseñados y utilizados indiscriminadamente por precedentes equipos de clasificación, evidentemente cómplices de los absurdos. Y si no, qué lo diga aquel libro sobre el metro como sistema de transporte clasificado en metrología. O el otro, alucinación de la poesía medieval, que por titularse *Milagros de Nuestra Señora* le cupo

en suerte quedar en religión. Más allá, la *Zoología fantástica* como un texto de ciencias naturales, perdido para la literatura; paradoja total pasarle esto a Borges, el mayor poeta sobre el libro y la biblioteca.

Desencuentro frecuente entre la biblioteca y unos usuarios que o no saben lo que necesitan o

buscan lo que la biblioteca no puede darles o sufren las limitaciones de la biblioteconomía mexicana reciente. Menos mal que la paciencia de unos asesores bibliográficos y mucho trabajo tras bambalinas hacen posible la reconciliación. Fin del primer acto. ♦

